

EL LEÑADOR Y LAS BRUJAS

Era un leñador que se dedicaba a ir a por leña al monte, claro, para venderla y para llevar a casa la comida de sus hijos. Y lo hacía por la noche, que es cuando a él le gustaba trabajar. Entonces iba muchas noches con la burra, y llenaba los sacos de leña, y entonces la vendía. Y, una de las noches que fue, había luna llena y todo. [Estaba] muy claro, muy silencioso. Y él ya estaba a punto de acabar, de llenar la leña, y oyó cantar a lo lejos:

—¡Lunes y martes y miércoles, tres!
¡Lunes y martes y miércoles, tres!

Y claro, dice:

—¡Ay madre! Pues ¿quién hay por ahí, si ninguna noche oigo a nadie? ¿Quién puede ser?

Y entonces ya empezó a estarse calladito y a andar despacio, *pa* que no le oyesen, sin hacer ruido. Y descubrió un corro. Pues serían brujas, nos imaginamos. Y estaban cantando alrededor de una hoguera grande, y dando saltos, y diciendo:

—¡Lunes y martes y miércoles, tres!
¡Lunes y martes y miércoles, tres!

Y ya él, dice:

—Pero bueno, ¿es que no se sabrán que hay más días?

Y ya, tanto oírles lo mismo, tanto oírles lo mismo, que les dice:

—¡Y jueves y viernes y sábado, seis!

Y dicen [las brujas]:

—¡Anda! ¿Qué se ha oído por ahí? ¡Hay alguien, hay alguien!
¡Venga! ¡A buscarle, a buscarle todo el mundo, y que nos lo diga aquí delante [lo que hemos oído], porque eso nos ha *gustao*!

Ya se pusieron a buscarle, y hasta que le encuentran. Ya le encontraron, le vaciaron los sacos con la leña que llevaba, y se la llenaron de monedas de oro. Y él, pues claro, ya se hizo amigo de ellas. Y dicen:

—¡Hombre, nos ha *gustao* mucho lo que nos ha dicho, así que nada, por eso le damos todo eso! Ya quedamos de amigos, y cuando vuelva alguna noche más, pues ya nos encontraremos por aquí.

Y tal. Y claro, cuando él llega a casa y se lo enseña a la mujer... Que tenía un montón de hijos...Y dice:

—¡Fíjate lo que me ha pasado hoy!

Pues [la mujer] no se lo creía nada. Dice:

—¡Pues no te creas, pero verás como tengo los sacos llenos de monedas de oro!

Y dice [ella]:

—¡Ay, madre mía! ¡Somos ricos, somos millonarios! ¿Qué vamos a hacer con tanto dinero? ¿Qué vamos a hacer con tanto dinero?

Y dice él:

—Pues mira, vamos a medir lo primero todo lo que me han *regalao*.

Dice:

—Y, ¿cómo lo vas a medir?

Dice:

—Pues vete al vecino y le pides la media fanega.

Y claro, el vecino, como sabía que eran tan pobres y que no tenían de nada, dice:

—¿Pues qué irán a medir éstos, si no tiene nada *pa* medir?

Entonces dice la mujer, que siempre estaba así, pendiente, dice:

—Mira, pues nos vamos a enterar: dale un poco de pega a la media fanega, y se quedará *pegao* algo, y así nos enteramos de lo [quieren medir].

Y claro, la vecina pues ni más ni menos: unta toda la media fanega, y cuando el leñador ha medido toda la propina que le dieron las brujas, pues ya le dice al hijo:

—¡Hala, vete a llevar la media fanega a la vecina!

Y claro, se había *quedao* pegada una moneda. Y dice:

—¡Ay, Dios mío! ¿De dónde [la] habrán sacado? ¡Bueno, pues cuando ésta se le ha *quedao* aquí, es tiene muchas más!

Y claro, empieza la vecina a indagar, a indagar, hasta que ya, pues claro, se enteró del asunto. Y dice:

—Pues es que a mi padre le ha *pasao* esto —le dijo uno de los hijos—.

Y dijo el vecino:

—¿Ah, sí? Pues mañana voy yo, a ver si me pasa lo mismo a mí.

Y bueno, pues pasó lo mismo: que era una noche clara, de luna llena, y él va al monte, y nada: a esperar allí a que salieran las brujas. Hasta que ya, a media noche, salen las brujas y empiezan a lo mismo, a danzar con su hoguera y esas cosas y [a decir]:

—¡Lunes y martes y miércoles, tres!
¡Jueves y viernes y sábado, seis!

Dice el otro:

—¡Huy! ¿No se sabrán que está el domingo? —Y dice—:

—¡Y domingo, siete!

Y dicen las otras:

—Ay madre, pero ¿quién ha sido ese petardo? ¡Pero bueno! ¡Atreverse a decirnos eso, con lo bien que estamos con nuestra canción, y nos mete eso!

Bueno, pues no les gustó. Y entonces empiezan:

—¡A por él! ¡A buscarle!

Ya le buscan, y le encuentran. Y dice:

—¿Qué? ¿*Usté* qué, a qué ha venido aquí?

Dice:

—Pues [a] nada.

Y ellas enseguida se dieron cuenta, y dice:

—Claro, *usté* ha *pensao* que le íbamos a hacer lo mismo que a su vecino, ¿no? —Dice— Pues no, no, a *usté* lo que vamos a dar es una soberana paliza, porque no hay que ser envidioso, ni preocuparse del vecino, hay que preocuparse uno sólo de su vida y dejar vivir a los demás en paz.

Así que cobró buena paliza.

Narrado por Mercedes Camarero (60 años), Navas del Pinar (Burgos).
Recogido por Elías Rubio Marcos en 2001 y publicado en Elías Rubio Marcos,
José Manuel Pedrosa & César Javier Palacios, *Cuentos burgaleses de tradición oral (Teoría, etnotextos y comparatismo)*, Burgos: Tentenublo, 2002, págs. 125-128.